

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.

con la
aprobacion eclesiástica,
y bajo la direccion

DE
E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, seccion
doctrinal, y cuanto
juzguemos á propó-
sito para la instruccio-
n religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sa-
drá los dias 8, 14, 22
30 de cada mes, y con-
tará de ocho pági-
nas en igual tamaño al
este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
cion de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, y que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también los pagos
en sellos de franqueo
de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre,
pueblo de su residen-
cia y provincia á que
pertenece.

14 de Noviembre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 26.

SUMARIO.

Los dos viajeros, novela.—El amor de mi alma, poesia.—
La mision de la mujer.—Flor del cielo, novela.—
Seccion doctrinal, La senda del cielo.

LOS DOS VIAJEROS.

(CONTINUACION.)

—«¡Pronóstico de desgracia ó de tempestad,
exclamó. ¡Dios mio! miradnos con ojos propicios!
Volvámonos al puerto, hijo mio: allí podremos
ver el buque, y nos aseguraremos mas presto de
nuestra suerte... No podria permanecer aquí
entre cuatro paredes...

«Fuímonos á la playa, desde la que se descu-
bria un horizonte sin límites: á lo lejos, el vasto

Oceano, inquieto como brioso corcel tascando
el freno, arremolinado por las ráfagas del viento,
lanzaba hasta nuestros piés olas inmensas seme-
jantes á monstruos cuya boca vomitaba abun-
dante espuma. Á nuestra derecha elevábanse al-
gunas rocas é islotes, temidos por los marineros
aun en los tiempos mas bonancibles del año...
Así es que con terror indecible vimos el ber-
gantin de mi padre empujado irresistiblemente
hacia aquellos escollos. Toda la poblacion habia
acudido á la playa, y contemplaba aquel comba-
te del hombre contra los elementos; y el viento
se hacia tan amenazador, que ninguna embar-
cacion, ni el menor bote, podia salir del puerto.
El bergantin luchaba solo... Mi madre habia cai-
do de rodillas, y con los ojos fijos en el mar cada
vez mas furioso, oraba... Veíamos el inminente
peligro que corria el buque; los últimos destellos

del crepúsculo nos lo mostraban bregando contra los vientos y las olas; estaba tan distante, y la noche se presentaba tan sombría, que nos era imposible reconocer á los infelices marinos... pero bastante nos decia el instinto del corazon que mi padre estaba allí... ¡Ay, amigo! ¿qué mas debo decir?... Dios habia señalado el fin de nuestra dicha... Despues de una hora de luchas y angustias inexplicables, levantóse una ráfaga de viento mas impetuosa y fuerte que las precedentes, y arrojó el buque contra los escollos que intentaba evitar.

—«¡Está perdido! era la voz general; ¡van á perecer sin remedio!

«Mi madre se levanto, y miró adelante con ojos de angustia... En aquel momento la luna mostró su disco entre las nubes que barria el viento, y dejó caer uno de sus rayos sobre el alborotado mar... El bergantin se habia estrellado contra las rocas, y los restos de su casco y arboladura flotaban sobre el agua... Pareciónos ver dos brazos que se agitaban entre las olas... y todo concluyó aquí. Mi madre lanzó un grito y cayó sobre la arena. Agrupáronse á nuestro alrededor, y fué llevada á casa sin sentido, llevando abierta en su corazon profunda herida...

«Toda la noche se pasó en inútiles esfuerzos para salvar á los náufragos y lo que se pudiese del cargamento del buque. Á la mañana siguiente el viento empujó á la playa una caja y varios objetos que habian pertenecido á mi padre y á sus compañeros, y á esto se redujo todo... Habian muerto del modo mas triste... habian perecido en el mar!...

«Mi madre pasó aquella noche funesta en un estado tal de atonía, que nada pudieron los mas solícitos cuidados. Por la mañana, despues de fuertes sangrías, abriéronse sus ojos mostrándome que vivia, pero su lengua y sus miembros estaban paralizados. Mirábame inmóvil y sin abrir sus labios; y su mirada, en que se retrataba el dolor mas profundo é irreparable, me destrozaba el alma. Al fin, de su lacerado corazon salieron torrentes de lágrimas que inundaban su rostro, sin que sus heladas manos pudiesen detenerlas... ¡Héctor! jamás olvidaré aquel espectáculo; mis ojos, aunque apagados, lo ven todavía, pues conservo su desoladora imágen grabada profundamente en el fondo de mi corazon.

«Despues de un largo rato concedido á esta explosión, á esta necesidad de lágrimas, noté que mi madre oraba; arrodilléme junto á su lecho, y como ella oró tambien. Esto pareció calmarla; su hermosa mirada me decia que aquella oracion en comun la consolaba, y parecíame

oir la repetir como otras veces:—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

«La voluntad divina, que desde niño me habian enseñado á bendecir, quiso que entrara yo en un camino lleno de trabajos, de privaciones y de sacrificios. Sin trancion, salí de la infancia, de la edad de la proteccion y de la dependencia, para convertirme en hombre y protector del ser á quien mas amaba, y que desde entonces era mas débil que yo.

«Mi padre no nos habia dejado ninguna fortuna. El armador, por cuya cuenta navegaba, tiempo hacia que veia quebrantado su credito, y el naufragio del bergantin completó su ruina; así es que nada pudo hacer por nosotros. Nuestros mas próximos parientes, de posicion muy modesta, tampoco podian socorrernos; y pasado el hervor de simpatía de los primeros momentos, la atencion pública se fijó en otros infortunios ó en nuevas diversiones. Se nos olvidó completamente. Solo una pobre vecina, corazon de oro en que ardía el fuego de la caridad cristiana, continuó visitándonos y asistiendo á mi madre en muchas cosas.

«Yo tenia algunas nociones de grabador, y habia tomado por especialidad las cartas marinas, tan útiles á los pobres navegantes; pero debí renunciar á este oficio que me gustaba, para dedicarme á otro ramo mas lucrativo, aunque menos honorífico, del arte. Entré, pues, como obrero, mas bien que como artista, en el taller de un grabador de tarjetas de visita, y se me empleó en los trabajos que dan al papel el aspecto de la porcelana. Este oficio, aunque bastante lucrativo, es poco buscado, pues ofrece al que lo ejerce un verdadero y continuo peligro á causa del uso de los metales, cobre y plomo, perjudiciales á los ojos y al pecho. No se me ocultaban tales inconvenientes, pero debia ser el sosten de mi madre, y afrontaba sin temor aquel peligro invisible y permanente. Además, por las noches copiaba papeles de música, y los domingos tocaba el órgano en nuestra parroquia.

«Así trascurrieron los últimos años de mi adolescencia, los primeros años de la juventud, en un trabajo no interrumpido, en lucha permanente contra necesidades que siempre se multiplicaban, y que las enfermedades crecientes de mi madre hacian mas penosas. Era en verdad una vida ruda; todos los dias sentia este yugo que pesa sobre los hijos de Adán, y á no ser por la idea siempre presente de Dios, que mi madre me habia enseñado á amar, no hubiera podido soportar el trabajo incesante, ni la privacion absoluta de toda distraccion, ni la mas estrecha po-

breza, ni sobre todo el eterno aislamiento en que me encontraba, aun en presencia de mi pobre madre, que tendida en su lecho, sin movimiento y sin palabra, parecía un cadáver á quien prestase algunos piadosos cuidados.

«¡Cuántos días llenos de fatigas! ¡cuántas noches llenas de tristezas! ¡cuántas lágrimas silenciosas derramadas sobre la almohada confidente de los dolores de los hombres! Sí, lo confieso, encontraba áspero el deber; la cruz me parecía muy pesada, mi alma era todavía joven y débil; y, le digo ante Dios que me oye, sin Él, mi suerte se me hubiera hecho insoportable. Pero su gracia no me abandonó, pues vino en ayuda de mi debilidad.

«Fiel á las costumbres que mi madre me había enseñado, todas las mañanas me ponía bajo la protección divina; ofrecía mis acciones y mis penas al soberano Remunerador, y bajo sus ojos afrontaba con mayor resolución los trabajos y las contradicciones del día. Por una gracia que yo no merecía, había venido á serme habitual el pensamiento de Dios; pensaba con alegría que era testigo de mis fatigas y pesares, y que contaba los esfuerzos que yo hacía para cumplir con el deber que Él mismo me había trazado. A veces en las interminables horas de un trabajo monótono, representábame al Hijo de Dios, Jesús hecho hombre, trabajando en el humilde taller de Nazaret. Esta imagen refrigeraba mi corazón, y me unía á los trabajos y fatigas del divino Amigo que tenemos en el cielo. Las prácticas de religión consolaban mi alma; nadie es desterrado del banquete de los consuelos celestiales. Las dichas terrenas solo son para algunos; las felicidades del cielo á nadie excluyen.

En aquellos días de trabajo y de aficciones, no me faltaban momentos de una muy dulce alegría de la cual era deudor, bien á un rato de oración mas íntima, mas recogida que de costumbre: bien á una Comunión, en que sentía de mas cerca á Aquel que para nuestro consuelo habita con nosotros hasta el fin de los siglos; bien á un pasaje del Evangelio que se representaba con mayor viveza á mi espíritu, como si una voz interior me lo hubiere hecho oír para animarme.

(Se continuará)

EL AMOR DE MI ALMA.

INVOCACION.

Descienda hasta la pobre mente mia,
Rompiendo el éter que circunda al mundo,
El sacro fuego que al querub inflama:
Llénese el corazón de amor profundo;
Quémese el alma en su divina llama;
Y brotando á torrentes la poesía,
Con sonora voz cante á María!

I

No son las tintas de naciente aurora
Que el monte colorea,
Cual las que en sus mejillas atesora
La Virgen Galilea.

Ni es tan puro el aroma que embalsama
El bulidor ambiente,
Cual la fragancia que doquier derrama
Su labio sonriente.

Y la luz celestial de su mirada
Mejor que la del día,
De la placida vida en la alborada.
Carinosa nos guía.

Al mágico sonido de su nombre
Todo rejuvenece;
El bosque, el mar, la flor, el ave el hombre...
Mil cánticos le ofrece.

Mi corazón también rinde tributo
De gratitud, contento,
Poniendo ante su altar el pobre fruto
Del rudo pensamiento.

Ojalá que mi lira resonara
Cual la del Rey Profeta,
Y el orbe mudo, atónito, admirara
Los cantos del poeta.

Arrobados en tiernas oraciones,
De fe y amor henchidos,
Pusiera con placer mil corazones
Á sus plantas rendidos.

Que Ella es puerto seguro do no llega
La tempestad rugiente:
Océano tranquilo do navega
El alma dulcemente.

II.

Tú que alientas mi espíritu y das vida
Al pensamiento mío;
Clara estrella del cielo desprendida,
Faro de mi albedrío.

Tú que en las horas del amargo duelo
Que abate el alma mía
Vivificante balsamo del cielo
Endulzas mi agonía.

Tú, Templo de la Fé, donde la ciencia
Sus arcanos comprende
É ilustrada en tu luz la inteligencia
Sus verdades aprende:

No desoigas mi voz; saber anhelo;
No riquezas ansío;
Que las grandezas que sustenta el suelo
Son loco desvario.

Remontar hasta Dios mi pensamiento,
Aprender sus bellezas,
Robar al querubín su dulce acento
Y cantar sus grandezas;

Descifrar el arcano incomprensible;
En el libro del mundo;
Ser héroe de virtud incorruptible;
Este es mi afán profundo.

Refresca ¡oh Virgen! mi ardorosa mente
Con celestial rocío;
Y la divina luz resplandeciente
Sea eterno faro mío.

Yo tomaré de la tranquila fuente
El mormurio suave:
De la brisa el suspiro balbuciente;
El quejido del ave:

Y cuanto de magnífico y hermoso
Encierra la poesía;
Para que en himno tierno y sonoro
Tus glorias cante yo, Virgen María!

J. ORTEGA GUTIERREZ.

LA MISIÓN DE LA MUJER.

La mujer es una compañera,—aprendí yo en mi niñez—que el supremo Hacedor quiso dar al hombre para que le ayudase á sentir las delicias de la creación; un ser con quien poder comunicar sus pensamientos, con quien compartir su alegría, con quien poder hallar alivio en sus penas y con cuya sola mirada se recompensara las largas horas de su duro y penoso trabajo.

Por eso completó su obra colocando á la mujer

á su lado, y para que mutuamente se comprendieran no quiso formarla de una sustancia extraña, sino de una costilla del mismo hombre haciéndoles de esta manera dos en uno y uno en dos.

Como ella es la llamada á consolarle en sus penas, á socorrerle en sus necesidades, á ayudarle en sus afanosas tareas y hacerle mas llevadera la existencia con su intensísimo amor, la dotó de gracias que no habia concedido al hombre sino en muy inferior grado.

Sus formas son mas esbeltas, su cutis mas fino y coloreado, su corazón mas sensible y su voz mas dulce y melodiosa. En su nacarada frente se cree divisar una oculta aureola de candor y de pureza; en sus hermosos ojos se nota el fuego de su corazón cuando ama, la languidez cuando recuerda, y la angustia de su alma al derramar abundantes lagrimas, que resbalan por sus mejillas, semejantes á las gotas de rocío que á la salida de la aurora se mecen en los delicados pétalos de una rosa. En su suavísima boca entreabierta por una dulcísima sonrisa, se adivina el inmenso amor que atesora en su alma; en sus carmineos labios nace la dulce frase que por sí sola basta á hacer olvidar al hombre los sacrificios que trae consigo la jefatura de la familia; su finísima cuanto diminuta mano nos esta diciendo que se ha necho para prodigar inmensas caricias á sus hijos, y su casto pecho, á través del cual se sienten los latidos de su corazón, nos muestra bien á las claras, que no contenta con formarnos de un pedazo de sus entrañas, nos da un pedazo de su ser, su propia sangre.

Pero lo que mas resalta en esta hermosa mitad del género humano es su alma siempre inclinada al bien.

Hija humilde y cariñosa, se desvela por complacer al hombre que la dió el ser, estudiando sus menores deseos para satisfacerlos antes que sus labios se hayan desplegado para hablar. Esposa amante y tierna, cifra su ideal en hacer feliz al hombre que en ella ha depositado su honra y la ha dado su nombre, consolándole en sus trabajos, asistiéndole en sus necesidades, cooperando con todas sus fuerzas al acrecentamiento de sus bienes y haciéndole olvidar sus pesares con su cariño. Madre apasionada solo vela por el bienestar de sus pequeñuelos: alimentándoles con su propia sangre, trabaja incesantemente para hacer la felicidad de sus hijos, vela para que ellos duerman, cuidales á costa de sí misma y ofrece al cielo su vida entera, velando incan-

sable día y noche junto á su cuna cuando el mas leve síntoma anuncia una desgracia para su hijo.

Un hijo es su vida, su felicidad, su ídolo.

¿Qué la importa morir si su hijo vive?

No hay desgracia posible para ella si sus hijos son felices. La felicidad de sus hijos es su propia felicidad.

Si una vírgen es un ángel... ¿qué es lo que queda para una madre?

El ser madre es el complemento de la felicidad de una mujer, es el apogeo de su grandeza, es el colmo de su dignidad y consideracion social, su perfeccion en la tierra.

Suponed un sol sin calor, una flor sin aroma que muere sin dejar rastro de su vida, una sombra impalpable que se desvanece... Eso es la mujer que no es madre. Un relampago que pasa sin dejar mas que un vago recuerdo de su existencia.

Preguntado Napoleon, por no sé que escritora célebre, cual era la mujer mas digna del aprecio de la sociedad, contestó: «La que mas defensores dá á la patria.»

Las consideraciones que se han negado á la mujer se han concedido siempre á la madre.

Una de las causas porque podia un hombre repudiar á su mujer en las antiguas sociedades, era el no haberle dado hijos.

La mujer hebrea que no tenia descendencia era despreciada por todos y lloraba toda su vida la desgracia que habia de relegarla al olvido, sin tener el consuelo de ser ascendiente del divino Mesias.

«Un sacerdote —dice Manú— vale mas que diez maestros, un padre mas que cien sacerdote, y una madre... mas que mil padres.»

Cuando Eva cometió la falta que arrastró en su caída la humanidad entera, no era madre todavía. ¡Lo que no hizo por ella quizá lo hubiera hecho por sus hijos!

Hubo una mujer que cayó, pero hubo tambien otra que al ser madre de Jesucristo ha elevado á la humanidad hasta Dios.

¡Benditas sean las madres!

¡Bendita seas tú, madre mia!

T. RODRIGUEZ-DE-LA-TORRE.

LA FLOR DEL CIELO.

NOVELA ORIGINAL.

(CONTINUACION.)

Marina subió á su carruaje, y dió orden al cochero de que la condujese á casa rápidamente.

La pobre niña iba muy conmovida.

La idea de encontrar á su madre habia hecho latir su corazon de esperanza y de alegría, y la entrevista que acababa de tener con Margarita la habia sumido en un mar de encontrados sentimientos, presentándola obstáculos, que ni habia previsto, ni encontraba medio de vencer.

¿Por qué se negarian á revelarle el secreto de su nacimiento? qué misterio habia en él, para que ella debiese ignorarlo?

Embebida en estas ideas, solo recordó la realidad cuando el carruaje se detuvo á las puertas del palacio de Almonacid, y el lacayo abrió la portezuela para que pudiese bajar.

La doncella que la acompañaba no podia darse cuenta de la abstraccion y el mutismo de su señorita, mucho más cuando se habia quedado aguardándola en el coche por orden suya, y no sabia el nombre de la señora á quien Marina habia ido á visitar.

La jóven, sin cuidarse para nada de su compañera, cruzó el ancho portal, subió la escalera y se dirigió á su estancia, donde penetró en silencio.

Arrojó sobre una silla su sombrero y su chal, y dijo á la doncella que se habia acercado para tomarlos.

—Vaya V. y pregunte, si el señor Baron está en su despacho, y si puede recibirme.

La sirvienta salió, y volvió á poco anunciando que Alberto no estaba en casa, y si sólo el anciano que habia preguntado dos ó tres veces por ella.

—Por mí! dijo Marina con estrañeza, ¿qué me querrá?

Y en la conviccion que no podia tener con Alberto la explicacion que anhelaba, se dirigió al cuarto del padre de este, preocupada, triste y contrariada.

El anciano se hallaba atormentado por la gota; no le habia sido posible en todo el día dejar el sillón en que el dolor le tenia postrado.

Sin embargo habia estado solo!

Su hijo no se habia cuidado de informarse de su estado, y los criados, de quienes se hallaba á merced, le servian, pero no le acompañaban ni le prestaban consuelo.

El desgraciado anciano habia pues tenido tiempo en aquel largo día de dejar vagar su pensamiento por el campo estéril de los recuerdos, por el ancho campo de las esperanzas.

Los recuerdos! ninguno dulce, y suave y consolador podia venir á refrescar su frente con las benditas áuras de la esperanza.

El porvenir! El que cree puede aguardar las recompensas, y la paz y la dicha del cielo, pero ¿que podrá esperar el que no cree, cuando se asoma al borde de un sepulcro vacío?

La vida de aquel hombre se habia deslizado tan exenta de bien, tan exhausta de virtudes, que al verla próxima á hundirse en el abismo de la nada, ni tenia una rama á que asirse en el pasado, ni una luz clara y pura que la guiase en el mas allá!

El Baron estaba, pues, triste y meditabundo, con esa tristeza amarga y abrumadora del alma incrédula y sin fé.

Con esa tristeza sombría para la que no hay lenitivo ni consuelo, y á la cual por mas que el espíritu rebelde del ateo, se escude con su ecepticismo, se mezcla el espanto y el terror de la desconocida eternidad.

En medio de su dolorosa soledad, envuelto entre las densas tinieblas que rodeaban su espíritu, el anciano empezaba a tener miedo, empezaba á sentir dentro de sí una voz misteriosa que le estremecía a su pesar! aquella voz era la de su conciencia! era el eco imperceptible con que el ángel de la guarda llamaba a las puertas de su corazón, intentando, por última vez, redimir con sus ruegos aquel alma.

Cuando la joven apareció en el dintel de la puerta, con su rostro bellissimo y puro: con su traje blanco, con su mirada melancólica y suave, el Baron sintió que su pecho se dilataba y respiraba con mas libertad, y si hubiera sido creyente, indudablemente habria juzgado que Dios le enviaba uno de sus ángeles para guiarle hasta su pies, ó una de las flores mas bellas del cielo, para que perfumase los días postreros de su vejez.

—He preguntado varias veces por tí, murmuró, dirigiéndose á la joven con un acento mas dulce de lo que en él podia esperarse.

—Acabán de decírmelo, señor Baron, y he venido sin detenerme.

—Necesitas que yo quiera verte para...

—¡Son tan pocas las veces que V. manifiesta placer en tenerme á su lado, que jamás me atrevo á venir sin su permiso!

—No te atreves? y es por eso?...

—Oh! si señor! por otra parte, mi posición en

esta casa me hace ser tímida y reservada. Á veces, cuando sufre V. sobre todo, hay algo en mi corazón que me aconseja venir á su lado, reemplazar á los criados que le sirven, velar junto á V. y prodigarle esos cuidados, que solo el cariño puede hacer dulces y fáciles: pero luego me detengo avergonzada y me pregunto, ¿con qué derecho podria hacerlo, qué título podria ostentar para ello, la que solo en esta casa es una estraña, una pobre criatura que debe á la caridad su pan y su abrigo?

La voz de Marina era tan triste y tan doliente al pronunciar estas palabras, que el anciano se sintió conmovido, y fijó en ella sus ojos con mas insistencia que otras veces.

—Tienes alguna pena? la dijo, viendo en sus ojos la señal de recientes lágrimas, tienes alguna pena?

—Quién podrá no tenerlas? he oído decir que la vida es un calvario, y creo que tienen razón los que tal afirman.

—Pero tú...

—Ay! yo...

—Niña! tu eres una flor que aun no han agitado los huracanes de la vida, eres un capullo cuyo caliz no se ha entreabierto aun, ni a perdido una sola hoja.

—Á veces las flores mueren antes de desplegar su broche, porque en su seno hay una oruga!

El Baron que no podia comprender aquel lenguaje, que creia que una carretela, un esplendido palacio, numerosos criados y ricos trages bastaban para hacer feliz á la joven mas exigente, juzgo que solo un capricho sin nombre, alguna contrariedad del momento ponía en los labios de Marina semejantes palabras, y la preguntó sonriendo levemente.

—Vamos, vamos, mi bella desgraciada, ¿qué deseo quieres realizar, ¿que dije ambiciones? ¿qué te falta?

—Me falta una madre, señor, me falta una madre solamente!

Era tan profundo, tan sentido, tan doloroso el acento con que la niña pronunció estas frases, que el Baron se estremeció, y por el pronto no encontró una sola palabra que responder.

—Si yo tuviese vanidad, la encontraria satisfecha, continuó Marina dulcemente, si tuviese ambición, me creeria feliz: pero ¡ay! solo tengo mucho corazón, y este ¡se halla tan desierto!

—No nos amas? preguntó el anciano lentamente.

—Oh! sí, respondió Marina con calor, le debo á V. y al señor Alberto cuanto soy, cuanto ten

go, ¿como no habia de amarles? Pero si he de decir la verdad, hay una palabra que apaga en mis labios los arranques cariñosos de mi alma. Cuando al verle de lejos todas las mañanas corro á darle los buenos dias, siento que algo de extraño y doloroso nubla mi alegría, al tener que decirle, «protector» y no «padre mio.» Cuando por las noches elevo á Dios mis oraciones, yo creo que habria mas fuego, mas dulzura en mis plegarias, si en vez de rogar solo por los que amparan mi vida, pidiera por los que me la dieron á la par!

—Y ¿de donde has aprendido esas ideas hoy, que no tenias ayer? preguntó el Baron, mirando á Marina con recelo.

—Ah! hace ya mucho que las siento aquí, exclamó la niña, apoyando una mano sobre su corazón.

—Sin embargo... nunca las habias manifestado.

—Es verdad, pero ahora... Oh! V. es mi bienhechor, V. me ha manifestado á veces un cariño y una bondad sin límites, y no debo ocultarle nada! además ¿quién sabe? quizá tambien podrá disipar las sombras que entristecen mi espíritu!

—Yó!

—V. tal vez podrá aclarar un misterio cuya solucion he de buscar, porque de ello depende mi vida.

—Habla.

—Señor Baron, ¿sabe V. quizá el nombre de mi madre? sabe V. si vive? sabe V. donde se halla? Oh! si lo sabe, dígamelo por Dios, y esta sola palabra de sus labios valdrá mas para mí, que cuantos beneficios me ha dispensado hasta ahora.

El anciano quedó mudo é inmóvil.

No esperaba por cierto aquella pregunta, y no sabia que responderle.

Marina esperaba su contestacion, con las manos extendidas y los ojos llenos de lágrimas.

¿Qué la iba á decir? ¿qué podia revelar?

Oh! nada! esto era imposible!

El anciano meditó un instante, y dijo despues lentamente.

—Y ¿para qué quieres saber lo que á caso te habia de costar mas lágrimas? Si tu madre te hubiera olvidado! si no fuera digna de tí! si fuese pobre sobre todo...

—Olvidar una madre! Oh! no calumnies V. el amor mas santo y mas puro que Dios hizo descender del cielo al corazón de las criaturas! Ser indigna de mí! señor Baron, á los hijos no toca juzgar á los padres, como á los hombres no toca juzgar á Dios! Su imagen solo veria yo en la

mia, y la respetaria y la serviria de rodillas, creyendome feliz con que admitiese mis cuidados. Si fuese pobre! ¡ay de mí! ¿por qué ha pronunciado V. esa frase? para hacer amargas las riquezas que me rodean, y para doblar mi amor y mi afán de encontrarla y de partir sus dolores.

—Niña, olvidas si duda que la miseria es muy amarga, tú la desconoces y no sabes...

—¡Todo cuanto hay de rico y bello en la tierra lo trocariá yo por una caricia de mi madre, por una mirada de mi padre solo. ¡Un padre! Oh! señor V. no sabe cuanto amaria yo al mio. V. no sabe que tesoros de infinita ternura guardaria mi corazón para ellos! para ellos que sin duda me esperan, porque es imposible que un padre se prive voluntariamente de escuchar en los labios de un hijo, esta dulce palabra «padre mio!»

(Se continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilches.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Como tú quieras, ya sabes que lo que tú dices nos parece siempre bien.

—Sí, sí, se apresuraron á exclamar todos, V. E. nos hace un inmenso favor.

—Yo bien sé que algunas veces seré pesada y difusa pero pensad, amigos míos, que no es una novela, una de esas leyendas creadas por la mente para alhagar la imaginacion y entretener el tiempo probando el ingenio, lo que yo os relato ahora: son los preceptos de Dios: es su doctrina sencilla y llana, y esto, creedme, podrá seros me nos agradable, pero esmas útil y mas seguro. Si alguno hallase mis lecciones cansadas, puede dejarlas y volver la hoja sin que yo me enfade por eso.

—No, no señora, se apresuró á decir Julian, V. E. es casi nuestra madre, la madre de una gran familia, pues todos en el pueblo la quieren y la miran como á tal obligacion es de las madres enseñar y decir la verdad, y mucho mas, si estas verdades son de tal trascendencia como las eternas, en las cuales estriba, no nuestro porvenir en el mundo, que es mudable y perecedero, sino el porvenir de nuestras almas, que son inmortales y eternas.

—Sigamos pues, dijo la Marquesa, expresando con una mirada su gratitud por aquellas cariñosas palabras.

Todos prestaron atencion de nuevo, y la anciana continuó:

—Sin el precepto de las fiestas, amigos míos, sin esos lazos, digámoslo así, que nos ligan con Dios, sin esa voz dulce y suave que nos llama á su presencia con la voz alegre y placentera de la campana, que al romper el al-

ba de un día festivo, parece decirnos desde la alta torre de nuestra iglesia, «ven, ven, y pídemle que bendiga esos trabajos que has practicado en estos días: dame parte en los dolores que te han afligido desde que viniste por última vez; cuéntame las puras alegrías que han sonreído á tu alma desde entonces; si has sufrido, derrama tus lágrimas al pié del altar, que de aquí saldrás con mas resignacion, con algun consuelo! si has sido dichoso, bendiceme por tus alegrías, por que de mi mano las recibes! si tu conciencia está turbada, si algo que existe en ella te desvela, llega, hijo mio, y de aquí te volverás tranquilo y purificado!» Oh! todo esto, todo esto creo yo que dicen las campanas cuando con sus voces de metal nos convocan al pié del ara; recordad estas palabras siempre que oigais sus sonos, siempre que sus ecos, llegando á vuestro oído, os digan desde la casa de Dios, «ven, ven.»

—Ay! señora, y como lo explica V. E.! y como pensaré yo en ello cuando los domingos repiquen á misa primera, dijo el sencillo José, en cuyo ingenuo corazón tenían eco todos los dulces sentimientos.

—También, hijos míos, Dios que se nos puso por modelo supremo, quiso que le imitásemos en esto. Él crió el mundo en seis días, y descansó el séptimo, satisfecho de su obra, segun nos dicen las Escrituras sagradas. Esto nos prueba que el descanso es necesario, y que haciéndonos menos monótono el trabajo, con la esperanza del reposo, le quita una parte de su amargura.

—Ya lo creo, murmuró tímidamente Rosa, la hija del señor Nicolás, toda la semana trabaja una con gusto por el afán de que venga el domingo, en que hay baile en la plaza, y reunidas todas las muchachas del pueblo pasamos la tarde y la noche de un modo muy agradable.

—Los bailes, hija mia, no es el medio mejor de santificar las fiestas, dijo la Marquesa dulcemente.

—Que nó? yo creí...

—Dios es tan misericordioso que nos permite un recreo honesto, pero los bailes...

—Nos divertimos tanto en ellos, ¿por ventura puede ofenderse Dios de nuestra alegría?

—Lejos de eso, un espíritu tranquilo, un corazón alegre es lo que mas le agrada.

—Entonces...

—No te diré yo aquí, hija mia, todo lo que pienso de los bailes, de esas reuniones en que una jóven pierde gran parte de su candor y su pureza, y donde se hacen cosas que nos avergonzaríamos de hacer en un rincón de nuestra casa.

—De veras? pues...

—En otro tiempo no habian penetrado en las sencillas aldeas esos bailes, importados del extranjero, y que tanto desdican del digno y recto carácter español, pero ahora, la modesta aldeana lo mismo que la jóven aristócrata bailan esas danzas que debian avergonzar á toda mujer honrada; y en prueba de que digo verdad, os voy á citar un hecho muy sencillo pero muy elocuente por cierto. Se daba en casa de una ilustre dama, un baile de gran etiqueta. Una señora buena y digna, pero un poco aficionada á esta clase de diversiones, fué invitada y acudió con su hija, niña casta, que asistía por primera vez á una soaré, como se dice hoy día. Acompañoles un jóven recto, noble, honrado; uno de esos hombres que el mundo, creyendo ridiculizarles, pero enalteciéndoles mucho, llama «montados á la antigua» que amaba á la jóven, que anhelaba hacerla su esposa y que por consiguiente queria apartarla de todo

cuanto pudiese ofender su pudor ó marchitar una sola hoja de las flores de su corona virginal.

El baile empezó, la niña fué invitada por algunos jóvenes que admirados de su belleza, quisieron tomarla por pareja.

La madre satisfecha dió su consentimiento y la jóven se lanzó en el torbellino del baile, desapareciendo entre la multitud.

La primera por su parte, permaneció en su puesto gozando de las delicias de aquella fiesta.

El jóven digno, honrado y noble de que hablamos, quiso dar á la madre imprudente una lección severa, quizo probarle lo que son los bailes, y acercándose á ella la dijo muy quedo y con vos un tanto alterada,

—Señora, un hombre ofende á vuestra hija en el salón inmediato.

—Como! preguntó ella alarmada.

—Se ha atrevido á tomar su mano y á retenerla entre las suyas.

—Á mi hija?

—Sí, y... mucho mas aun.

—Como! exclamó la dama levantándose con rapidez.

—Ha rodeado su cintura y la estrecha entre sus brazos.

—Qué dice V.! eso es imposible: mi hija es incapaz de tolerar tamaño insulto.

—Oh! puedo jurar á V. que no se ofende en lo mas mínimo!

El acento con que fueron pronunciadas estas frases, exaltaron á la pobre madre, que murmuró fuera de sí,

—Esto es una calumnia infame que es preciso destruir. Venga V. conmigo, condúzcame V. donde se halla mi hija.

El jóven la ofreció su brazo, y ambos cruzaron los salones llenos de gente y de luz.

El baile estaba en todo su apogeo, y las parejas giraban al compás de una música ligera.

Se bailaba una polka íntima, ó un vals ó una danza... que sé yo; todas son iguales! y la inocente niña de que nos ocupamos, trastornada por los aromas, por la armonía, por aquellas emociones nuevas para ella, se dejaba llevar con abandono por el dandy que la conducía: como era de rigor sus manos estaban enlazadas, la cintura de la niña, presa entre los brazos de su pareja, sus corazones casi juntos, sus alientos casi confundidos.

—Mire V.! dijo el jóven con severo tono: mire V.

—Mi hija baila! respondió la señora, entre dudosa y confundida porque empezaba á comprender.

—Ella le abandona su mano, le estrecha su talle, mire V., recuerde V. mis palabras, vea si son exactas, y dígame si es así como un hombre de honor debe contemplar á la que á de ser su esposa, y la digna madre de sus tiernos hijos!

La madre inclinó la frente, y sin dejar que acabase la reunion sacó de allí á su hija: á su hija que fué una jóven casta, modesta y virtuosa, y que jamás vovió á un baile, lo que no impidió que fuese una mujer feliz y una noble y santa madre de familia.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.